

cios imaginarios. El hondo respirar de la capital adormilada á sus pies, no conseguía turbarla. Meditaba. Las frases de doña Pepa venían á su mente.—«El ha vuelto, él está aquí». —Y la visión de los amantes que unían sus labios en la calleja enarenada, bajo las ramas, tornaba á ella con porfía, obsesionándola.

II

Antoñita despertó alegre. Un matiz rosado, de adorable frescura, teñía sus mejillas; la risa brotaba de sus labios á borbotones, como al recuerdo de algo placentero. Y un torbellino de palabras, un charloteo continuo hubo de invadir la casa, en cuanto ella salió de la recámara; á tal punto, que los go-

riones que piaban en la azotea, corriendo á saltitos, escapaban azorados hasta posarse en la torre vecina.—Estéfana, que á tal hora volvía de hacer las compras, extrañóse tanto al verla así, que dejando caer la cesta que olía á pan caliente, la interrogó con pertinacia, cual si recelara engañarse y no diese crédito á lo que sus ojos miraban.

¡Nada! ¿Qué se creía la buena Estéfana? ¿Pensaba acaso que su niña iba á permanecer callada siempre? Pero, ¡Virgen María!, ¿quien le había metido tales ideas en los cascos? ¡Ni ella misma lo sabía! Ni el Niño Jesús, ni aquel Niño Jesús regordote y feo del templo cercano, que la buena cocinera tanto temía y ponderaba tanto, era capaz de explicar su júbilo.

—¡Niña! Ni diga usted esas atrocidades... Mire que si el Santo Niño se enoja, se le irá el gozo al pozo....

Y esto lo afirmaba con entonación grave, los ojos puestos en el techo, disimulando á duras penas la carcajada franca que la retorzaba en los adentros, al ver á su ama dichosa. Habituada á la tranquilidad imperturbable de Antoñita, á su discreto mutismo, á su sonrisa más que su risa, era para ella no flaco suceso lo que observaba con el asombro

pintado en el semblante. Seguía de pie, con los brazos caídos, las puatas del rebozo barriendo el suelo, mientras que Antoñita iba y venía, corriendo, atropellándolo todo, y ponía el mantel sobre la mesa, y trasladaba á ésta vasos y platos, tenedores y cuchillos, con estruendo, reidora, cuando la vajilla, bien humilde por cierto, amenazaba romperse.

—¡Estéfana, falta agua en el botellón! ¡Estéfana, aquel salero no tiene sal! ¡Estéfana, la taza de mamá está sucia!

Y la pobre vieja la contemplaba, boquiabierta, aturdida, ignorando cuál de los mandatos debería obedecer primero. La moza, cada vez que por su lado pasaba, acariciábala en el cabello entrecano, sacudía los angulosos hombros, y la daba palmaditas cariñosas en las espaldas, prodigándola mimos que de puro melosos parecían exagerados.

—Lena todavía duerme. ¡La perezosa! A ver, dame el pan... ¿Cuándo pensará levantarse mi hermanita?

—Pues ya tiene para rato,—respondía Estéfana, colocando los bizcochos en su sitio.

—¿Y mamá?

La doméstica se encogió de hombros.—

¡En aquella casa servíase el desayuno á medio día! Al regresar de la tienda encontró á la señora, camino de la Santa Veracruz, dispuesta á oír la misa del P. Morales. Claro que tardaría en volver. ¡Vaya si el padrecito dilatava las misas! Era un horror. Aconsejaba á Antoñita que se abstuviera de poner los pies en la iglesia de marras, y daba pequeños detalles: una vez, en tantico estuvo que no se quemara la leche á consecuencias de su dilación; otra, sufrió terribles retortijones de estómago, por razón de una plática religiosa interminable.

—Eso de las misas largas y los sermones que nunca acaban, bueno estaría para el niño Alberto, que cada semana es más perdido que el demonio,—agregó, señalando con un gesto la puerta baja que se abría más allá de la cocina, en la azotehuela.

Todo su orgullo de sirvierta halagada, de iliota que participaba de las desazones y alegrías de sus amos, que se identificaba con ellos, llegando á ser, al cabo del tiempo, algo así como una venerable parienta, estallaba al pensar en Alberto, el primogénito, el libertino que si en su adolescencia tuvo derecho para explotar el paterno bolsillo, ahora cometía la mayor de las infamias viviendo á

costa de su hermana, de la pobre Antoñita que trabajaba del día á la noche, sin descanso, «como una mártir».—Cuando la rubia oía tales reproches, poníase grave. Consideraba que Alberto, engañando á su familia con un falso talento, siguiendo los cursos de medicina desde hacía años, sin terminarlos nunca, era digno de acres constras; pero sus labios sólo acertaban á hablar de perdón.

¡Qué perdón ni qué calabazas! ¿La parecía razonable que el grandísimo sinvergüenza entrara en casa al amanecer? ¿Era justo que el dinero ganado por ella con el sudor de su frente, fuese tirado á la calle por el grandullón de su hermano?—Y se complacía en dar pormenores acerca de la vida de Alberto: ella misma le había visto apurando copa tras copa en la cantina de á la vuelta, en unión de pícaros de su ralea. Doña Manuela, que se hallaba conceptuada en la vecindad como persona excelente, que se desvivía por las buenas costumbres de los demás, y siempre andaba á caza de bellaquerías, justamente para corregirlas, refería cómo le encontró, riendo á carcajadas, cogido del brazo de una mujerzuela, en pleno Zócalo, un domingo por la tarde.

¿Quería saber más? Allí estaba el caserón entero, que la contaría mil lindezas.—¿Tenía aún fresco en la memoria el recuerdo de aquellas dos coristillas que ocupaban el cinco? Pues bien, Petra, la criada de los Gómez, con los propios ojos que Dios la diera, vió cómo una mañana, tempranito, Don Alberto salía del cuarto de las cómicas, acompañado hasta el umbral por la más joven, una rubia flacucha, que, en camisa, lanzaba rizotadas, chillidos de gata en celo, al notar que el honradísimo hijo de doña Pepa, hundía el brazo hasta el codo en el escote, y tiraba del camión hasta dejarla. . . . ¡Jesús, qué atrocidades se ven en el mundo!

¡Y no intentó, meses atrás, seducir á la misma Petra! ¡A Petral una marisavidilla ligera de cascos!—¿Y qué más? ¡Ni las viejas escapaban á sus atrocidades! La portera, una chocha que podía ser su abuela, fué requerida de amores por él.

Antoñita escuchaba con los ojos bajos. Instintivamente experimentaba honda repugnancia hacia el chismorreó de la vecindad, hacia el cúmulo de soeces aventuras que Estéfana, con ser tan buena, guardaba en los labios, pronta á dispararlas, aumentadas y corregidas. Comprendía que Alberto era

calaverón; convencida estaba de la verdad de su existencia crapulosa; mas, con ternura de virgen, procuraba echar un velo piadoso sobre el fango en que él se anegaba. Su boquita pálida tenía una sonrisa de misericordia para cada falta, y sus ojos una lágrima que á manera de rocío purificaba el ambiente de aquel pantano.

—¡Es un mal hombre! Y tú una santa que morirá sin recompensa...

Antoñita, pensativa, con la frente baja, jugueteaba nerviosa, haciendo chocar, contra uno de los platos, la taza que tenía en la mano.

—Ya ves,—murmuró, cuando Estéfana hubo terminado,—me robaste mi alegría de esta mañana...

Alzó la maritornes la angulosa testa; en sus grises pupilas, bajo las cejas de rudeza hombruna, fulguró una mirada de perro fiel. Aproximóse á ella, y cogiendo la manecita fina, que se colaba al sentir la opresión de los ásperos dedos, la dijo quedo, dulcificando su tono habitual:

—Si te lo digo por tu bien... Veo lo que aquí pasa y me enojo... Pero, no te afijas, que todos los males tienen remedio... Ahora, si quieres, me callaré...

La halagaba, acariciando el rubio pelo que resplandecía á la clara luz matinal que entraba por la puerta abierta; tocando apenas las mejillas de palidez sonrosada de pétalo.

—Mi niña, mi pobre y buena niña...

Y como á chiquilla, la prometía golosinas para que diese de mano á la morriña; dulces buenos que vislumbraba en los escaparates.—Antoñita, entregada al pesar momentáneo, sonreía á cada nuevo halago. Un arrebol de dicha destellaba en su rostro, que aparecía más bello con la albura de los dientesillos que asomaban entre el leve carmín de los labios, con el júbilo de los ojos profundos, con el oro suave de los cabellos mal peinados, que se esparramaban en mechones sobre la frente.

—¿No se levantará la chiquilla? ¡Es tan tarde! Vé á despertarla,—dijo á Estéfana.

Una carcajada estalló detrás de la puerta, y la chiquilla en persona entró en el comedor de un salto, con susurro de faldas recién planchadas.

—¿Estabas allí?—preguntó la mayor, besándola.

No era capaz de evitar que la invadiese pueril temor, cuando se figuraba que Leon

podía enterarse de los chismes de la fregona. Contemplábala tan pura, con su redonda cara morena, sus vivos ojos de niña, que procuró siempre mantenerla en relativa inocencia, impidiendo que conociera la podre de su clase, el lodo amontonado en derredor, que adivinaba, más bien que veía. Adoraba á aquella moza de diecisiete años, tan robusta y exuberante, que representaba veinte. Tenía para ella ternuras maternas, complacencias de abuela hacia nietecilla caprichosa. Desvivíase por saciar sus deseos, sus antojos todos; y cuando Lena incurría en falta, la amenazaba con el dedo, como á pequeña, diciéndola que si no era buena no tendría la blusa ansiada, el sombrero nuevo que iba á comprarla, ó el cinturón con hebilla que la prometiera. Y Lena la besaba fuertemente, semejante á jovencito vigoroso, ofreciendo que no la enfadaría en adelante, que sería formal como una señorita. Entretanto, la fingida mirada severa de Antoñita, transformábase en caricia.

—Sí, preciosa, no seas traviesa, quíereme mucho, como te quiero yo, y bésame, así, así.....

Y la sentaba sobre sus piernas, juntando su cara con la de ella, envolviéndola en un

abrazo. La chiquilla murmuraba frases de niño consentido, haciendo mohines, torciendo el hociquito de modo tan gracioso, que la costurera se hacía la ilusión de tener en sus rodillas á una hija.

Las Gómez, cuando lograban sorprender un instante de ternura de las dos hermanas, reían burlonas. Realmente, era demasiado afecto el de Antoñita; un cariño exagerado. Ellas no conocían otro igual. Por eso, al verlas salir de paseo, los domingos: Lena muy peripuesta, elegantísima, cual damita aristócrata; la otra ataviada con modestia, con un vestido de buen gusto, pero pobre, decían que la mojigata de la chiquilla era una tirana que mataba á fuerza de hambre á los suyos, con el fin de gastar buenas prendas.

Muchos había que juraban que Antoñita era la más joven. ¿En efecto, cómo creer que ésta, tan desmedrada y tímida, contaba tres años más que aquella? ¡Diantre, lo de la *chiquilla* era una ironía! Como que Antoñita inspiraba sólo una inclinación meramente casta, y el Benjamín de la familia,—de alguna manera habían de llamarla,—atraía con la voluptuosidad de sus andares.

Era regular de estatura, morena, de gran

des ojos color de avellana. Su cara, un tanto ancha, adquiría una expresión de altivez bajo los cabellos negros, que caían en dos ondas abundosas sobre las sienes, cubriendo las orejas. Su boca de gruesos labios, contrastase á menudo, incitante, como si guardara el secreto de un deleite. Vagaba por sus pupilas una mirada de granujilla, mirada engañadora de picardía y de candor. Y poseía su cuerpo las curvaturas sensuales de los cuerpos ávidos de placer: las caderas, amplias, estallaban en una florescencia de juventud bajo las enaguas; el busto, de pechos mórbidos, se erguía desbordante, pleno de savia. Triunfaba con el ritmo ondulante de su paso, con el gesto pillo de su rostro.

Mirábala Antoñita extasiada, con la ternura suma de las madres que sueñan con el porvenir dichoso de sus hijas. En aquella familia, de la cual la modistilla era la sostenedora única, Lena constituía esperanza, flor pronta á abrirse. Años antes, cuando don Juan Fernández entregó su alma á Dios, dejando por herencia á doña Pepa un tenducho comido por las deudas, y tres hijos: el mayor, estudiante de primer año en la Escuela de Medicina, la pequeña, inútil

entonces para cualquier labor, y la otra, paliducha y enfermiza, nadie dijera que tales gentes se sostendrían á flote, contra viento y marea, gracias al empeño de aquella rubita, que se sacrificó en aras del bienestar de la casa, transformándose en hada protectora. Hoy, el más excéptico sonreía al verla con la chiquilla en las piernas, ensoñando con una felicidad peregrina para la hermanita, con una dicha que para ella nunca imaginó. Y al par que Antoñita, doña Pepa adoraba á Lena, llegando su cariño á la sumisión: cuando ésta lloraba ó imponía su voluntad con ademanes de persona entrada en lustros, la devota bajaba la frente. Imposible creía no transgír con la niña. ¡Cómo no ser débil con la más chical! Tal razón era la que exponía, con acopio de deducciones, siempre que la acusaban de flaqueza. Ciertó que Antoñita era más buena y más blanca de alma que los manteles del altar; pero podía vivir ya por sí sola, merced al conocimiento que de la vida tenía; mientras que la pequeña era una inocente de Dios que todo lo ignoraba, mereciendo, tanto como el afecto, un poquitín de compasión maternal más que la otra.

Hasta Alberto, el zángano de veinticu-
LA CHIQUILLA.—6.

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO BETES"
CALLE VES BONTERRA, 107

33413

tro años, hurañote y desamorado de los suyos, que jamás entraba en la vivienda si no á comer ó reparar los molimientos inherentes á libidinosa existencia, parecía sugestionado por Lena. Le encantaba aquel diablillo que, al revés de Antoñita,—que para él sólo tenía la triste mirada de reproche,—se encaramaba en sus espaldas, con las gruesas pantorrillas al aire, el pecho convulsionado por la risa, cuando por mera casualidad tornaba él temprano á casa, agotado, exhausto de vigor, después de semanas de crápula.

—¡Serás una gran mujer, conejita mía!—exclamaba.—Necesitas un buen marido que te dé gusto

A ella no le agradaba mucho el mote, justamente porque lo había visto en una novela de Paul de Kock, que leyó á escondidas. Lo de conejita la parecía ordinario y corriente. Mas el doctor en ciernes se moría de júbilo al hacerla rabiar, reptiendo que juzgaba de todo punto preciso que el casorio fuese con uno que la diera gusto.

Lena, á veces, le interrogaba con malicia acerca de los maridos:—¿Cuáles daban gusto y cuáles no?

Alberto contentábase con insinuar la cuestión matrimonial, murmurando quedamente que si quería saberlo se deslizara en la alcoba de Juanita López, una recién casada, que ocupaba la vivienda principal. ¡Grandes cosas se verían allí, á eso de la media noche!—Y Lena reía con risita picaresca, fijando sus grandes ojos en los enrojecidos del primogénito; asegurándole que no entendía, que se explicara con claridad.

Recelo inquieto embargaba á Antoñita al observar á su hermana hablando en secreto con el estudiante. Pensaba que el tal, corrompido por años de libertinaje, era capaz de difundir el mal aún en el propio hogar. Y ya que no impedir las conversaciones entambos, porque esto lo consideraba imposible, procuró, por cuantos medios tuvo á su alcance, que Lena ignorase toda suerte de detalles sobre la vida de Alberto.

Cuando la vió plantarse en mitad del comedor, con ligereza de gacela, la interrogó con insistencia, preguntándole si había escuchado.

—No, no, te digo que no . . . Pero, oye, ¿caso se trataba de algo reservado? A ver, dímelo, dímelo

Y rodeaba el cuello de la moza con sus

brazos morenos, besándola en la barba, en la nuca donde se agitaban rictos rubios.

—Dímelo, dímelo,—repetía;—quiero saberlo....

Estremecíase de placer al reiterar sus ruegos. Lo sabía todo, conocía al dedillo las aventuras de Alberto; no le eran extraños sus lances en la vecindad y en la calle. Sólo que ahora hubo de aumentar su caudal con nuevas noticias: oyó distintamente las cuestiones de Estéfana, mientras se vestía allí, en el marco mismo de la puerta, tras de los cerrados maderos.

—Anda, no seas mala....¿Qué era eso, eh?

La cocinera, que desde momentos antes se frotaba las manos en el delantal, señal irrecusable de enojo en ella, dijo:

—¡Válgame! ¡Por Nuestra Señora de los Remedios, qué curiosa es usted! Déjese de argüendes y de vidas ajenas, que no cuadran con las niñas de su edad....

—¿Y á tí que te importa?

—Mírala, Antoñita. Se propone sacarme de mis casillas, burlándose de mí, como si yo no tuviera canas....

—¿Y qué? ¡Ojalá que no las tuvieras! Serías menos fea.

Seculares eran las reyertas entre mocosa y fregona. Esta, con su espíritu de dominación adquirido en luengos años de vasallaje doméstico, pretendía corregir á aquella, la cual se rebelaba, no desperdiciando ocasión de herir.

—Aunque rabies, Antoñita me lo dirá.—Y luego, volviéndose á su hermana, con felina zalamería, musitaba:—¿Verdad que me lo dirás, madrecita?

—Si no vale la pena.... Insignificancias.... ¡Asómbrate, ya se me olvidaron!

Y como la chiquilla hiciera un mohín de disgusto, Antoñita preguntó á Estéfana:

—¿De qué hablábamos, te acuerdas? Díselo tú....

—Que mi abuela lo sepa,—gruñó la vieja, encaminándose á la cocina, con chancleteo furioso.

Una oleada de luz suave penetró en la pieza. Doña Pepa, rosario en mano, con el chal prendido en el moño, entró de pronto. Venía sofocada; estremecíase de fatiga su cuerpecillo endeble, á causa de la ascensión por la angosta escalera; sus ojos pequeños, grises, animados de rara brillantez, parecían decir algo que á pronunciar se negaban los labios. Despeinada, con el sencillísimo ves-

tido negro cubierto de polvo, aspiró grandes bocanadas de aire, en tanto que su nariz roma se dilataba; luego, arrojó el chal sobre la silla más próxima, así como el breviario de mugrosos cantos, sentándose en seguida. Las dos muchachas la miraban, azoradas de tal desasociado en persona por temperamento apacible.

—Lo que te dije, Antoñita, lo que te dije...—articuló al fin, mirando á la moza con maliciosos ojuelos.—Pero, ¿no lo sabes ya?...

Titubeó la chica, barruntando, sin embargo, para sus adentros, de lo que se trataba.

—¿No? ¡Si no hay gato en la casa que no lo sepa!... Arsenio Urizar anda como unas pascuas; doña Manuela se lo cuenta al que quiera oírlo.....

Estéfana se precipitó desde la cocina, con soplador y todo, ávida de gulumear. Iba de por medio su honor de doméstica que está enterada de cuanto pasa en la vecindad. Mas no interrogó; limitóse á ponerse en jarras y esperar pacientemente á que su ama despegase los labios.

—¿Ves cómo fué verdad? Eugenio ha vuelto; ayer mismo alquiló el cuarto del rincón.

Antoñita, que por un instante permaneciera muda, palideció levemente, enrojeciendo después. Había alzado el rostro: los mechones rubios invadían su frente; sus manos nerviosas é inquietas, se juntaban; y en sus pupilas anvertíase dulce júbilo.—Apenas pudo decir palabra; el acento de su voz era vago y trémulo; su carita despojada de la habitual tristeza, sonreía confusa á las risas, á los plácidos gestos, á los chillidos de Lena, que, semejante á una peonza, danzaba en torno de ella.—«Ya lo sabía, mamá,»—pensó, sin osar revelarlo, recordando con ternura el ensueño de la noche anterior, su presentimiento, su esperanza, la esperanza por tanto tiempo acariciada en lo íntimo del alma, en los días tristes ó dulce-amargos de su vida obscura. Y la certeza del retorno de él, la inspiraba la alegría callada, el amor al cielo, á las flores, á la casa, á la gente, á la existencia que palpitaba en derredor, eternamente renovada, eternamente joven. Y Estéfana la observaba, dichosa. ¡Qué gusto sentía viendo á la niña contenta! ¡Si, que riera, por María Santísima, que riera como los niños ríen, mostrando los dienteillos blancos! Y su predilección por Antoñita deborábase en un charloteo francote y cariñoso.

—Ahora no se te va de entre las manos,— declaraba Lena, ebria de gozo.—Gran pillo sería el tal Linares si se largara de nuevo.

A lo que la maritornes asentía con vivos movimientos de cabeza, sin percatarse de que doña Pepa imploraba, repitiendo:

—Estéfana, el desayuno... El desayuno, Estéfana.... ¡Por Dios, que me muero de hambre!

Sentados ya á la mesa: doña Pepa en el centro, y á sus lados los lozanos retoños, aquella devoró desde luego un bizcocho. Después, entre sorbo y sorbo de café, con la boca llena, mascullando las frases al propio tiempo que el pan, contó detalles conmovedores acerca de Eugenio Linares. Recordó la partida de éste, hacía seis meses, cuando, interrumpiendo sus estudios, enderezó los pasos hacia el pueblo natal, un polvoso lugarito jalisciense donde su madre agonizaba, consumida por una enfermedad del estómago, que, lentamente, había minado su existencia hasta conducirla al lecho de muerte en que el pobre muchacho la encontró, exangüe, y en donde lanzó el último suspiro, tres días más tarde, en brazos del hijo torturado por el sufrimiento. Era aquel el único sér que á Linares restaba en el mundo;

y al verse solo, abandonado á su tristeza, en la habitación pálidamente alumbrada por los cirios, decidió huír del pueblo, esconderse en una ciudad lejana. Le hostigaban las miradas de los parientes, que, convencidos de su pobreza, apenas si le dirigieron un saludo cuando le veían bajar por la empinada cuesta que al cementerio conducía. Y con los restos del mermado patrimonio en el bolsillo, repleta de ilusiones para el porvenir el alma, tornaba á México, á su antiguo cuartito de estudiante.

Tal relato, que más tenía de imaginario que de real en sus sentimentales peripecias, apasionó al caserón entero. Hasta las Gómez, tan díscolas y habladoras, como jamonas que maldicen su sino, entristeciéronse al saber cuál había sido la suerte del mozo, riante antaño, que ahora volvía, con huellas frescas de dolor en el rostro.

Y en tanto que doña Pepa refería los hechos con voz monótona, el sol se colaba por la puerta.—Fué una invasión lenta, una conquista callada: después de haber dorado el suelo, deslumbrando al gato blanco, de redondos ojos verdes, que se desperezaba, tendiendo las finas garras, ascendió á la mesa, haciendo resaltar la nitidez del mantel, y

envolviendo en sutil polvillo de luz los trastos sucios.

Autoñita, con las manos en la frente, parecía entregarse á vagas añoranzas. Y parecía más hermosa que nunca en el comedorcillo limpio, con la sonrisa en los labios, mirando cómo una onda de luz se deslizaba por sus brazos, hasta unirse en beso diáfano con los rizos que caían sobre las sienes, rebeldes, con desbordamiento de mies madura.

Un rato más tarde, levantóse, encaminándose á la sala,—experimentando la fiebre de acción, de movimiento, que sigue á las emociones plácidas.

Al entrar hubo de hacerse un reproche, levantando contra sí la mano pequeña, cuyos contornos apenas veía, en la penumbra que flotaba en la habitación olorosa á flores marchitas. Habíase olvidado de dar paso á su buena amiga la mañana, que estaba allí, tras de las cerradas hojas, dejando penetrar por las rendijas estrías de luz amarillenta, que se deslizaban tímidas, arrastrándose, retorciéndose en la sombra, desvanecidas, hasta morir cerca de la máquina de coser, que parecía adormecerse, encerrada en su funda blanca.

—¡Qué cabeza la mía! ¡Las nueve, y esto á obscuras!

Se detuvo.... El gato, que se acercara sin ser visto, frotaba la sedosa piel contra su falda. Maullaba dulcemente, enarcándose, moviendo la cola, alzando hacia la moza sus pupilas de esmeralda.

—¡Cómo! ¿No te han dado tu carne, Bonifacio? Esta desdichada de Estéfana....

Volvió hacia la puerta. El animal la seguía, con ligereza de bestia hambrienta.

—¡Estéfana! ¡Estéfana!

Asomóse la vieja: tenía el rostro congestionado y temblaba furiosa.

—¡Bastante me fastidió con los gatos! Quieren que yo tenga cabeza para todo: don Alberto grita improperios porque no se le lleva pronto el agua; Leña me aturde con sus retozos.... ¡Y ahora el gato! No más eso me faltaba..... ¡Vágame!

Autoñita rió, murmurando:

—Piensa que el infeliz....

Entonces ablandóse la criada; chasqueando los labios, hubo de llamar á Bonifacio, que se alejó de la joven, presuroso, enarbolando la cola, que á la claridad matinal ostentaba nua pureza de nieve.

Abrióse la ventana con desentonado chi-

rrido. Una claridad pálida de otoño y confuso murmullo invadieron la pieza; dijérase que prolongada y juguetona risa tomaba posesión de la salita, antes mustia. Hasta el péndulo, que en las tinieblas sonaba acompañado, era presa del regocijo: Antoñita pensaba que su tic-tac escuchábase menos ronco y más ligero, cual si pregonara la alegría de la mañana con su pasito menudo de dama coqueta.

Sacudidor en mano, comenzó á limpiar los muebles con delicadeza tal, que se creyera fuesen éstos joyas. Primero quitó el polvo de la mesa de centro, un trebejo de nogal, recuerdo de mejores tiempos. La lámpara de globo azul que sobre ella se erguía, fué objeto de las atenciones mayores: la cogió suavemente, frotándola con el trapo sucio hasta abrillantarla. Luego, se dirigió al rincón donde el juguetero se veía mostrando el encanto de sus *bibelots* amontonados sin orden ni concierto; y, cuando á asearlo se disponía, quedó suspensa ante un cisne de porcelana, diminuto, que, abiertas las vaporosas alas, parecía emprender el vuelo hacia las regiones de sus recuerdos, reviviendo en su mente pasadas horas é ilusiones que ella juzgaba muertas. Ante todo, apareció

en su cerebro, destacándose de vago ensueño, la figura amada de Eugenio Linares. Recordaba, como si fuera ayer, que el estudiante, un tanto aficionado á ella durante las Posadas del año anterior, hubo de poner en sus manos, con indecible turbación, el primoroso juguete de porcelana; recordaba también que semejante regalo despertó en su alma de novicia en amorosos achaques, dulce é inquietadora esperanza.

¡Qué deliciosos días aquellos de las Posadas! Nueve noches de holgorio, de música, de bailoteo, que la arrancaron á su acostumbrada tristeza, que la hicieron vivir una vida nueva, loca, al darse cuenta de que en su interior comenzaba á germinar una ilusión, con el esplendor tímido de los brotes que en primavera verdean en los solitarios troncos. No la comprendió al principio: casi la ignoraba. Era un afecto escondido en hondos repliegues, espontáneo, que se revelaba en fútiles paliques, en largos apretones de manos, en miradas de infinita ternura que la hacían bajar los ojos, arrebolada; en rubores y trémulos balbuceos, cuando alguien, en presencia suya, refería al moce-tón.

Poco á poco, sin embargo, tal sentimiento surgió del fondo de inconsciencia en que se hallaba:

Una vez, en la segunda Posada, cuando los músicos, cuatro hombretones de cabellos largos, de zapatos destrozados y rotos trajes, evocadores de una bohemia de miseria, preludiaban el primer vals, ella salió al patio, extrañando la ausencia de Linares.—¿Por qué no vendría?—Vióle en la puerta de su cuarto, sonriente. No se atrevía á acercarse, y cuando él la distinguió, sus mejillas se colorearon. Saludáronse con un movimiento expresivo de cabeza, como buenos amigos; y ya iba á tornar á la sala, cuando se decidió á aventurar una pregunta:

—¿No viene usted esta noche?

Se excusó. Los exámenes no tardarían. Necesitaba estudiar; cada minuto perdido era una probabilidad menos de éxito. Ella sintió tristeza. La fiesta sin él, parecía menos agradable.—Le acarició con los ojos, maquinalmente: fué un instante de mutuo estrechamiento, bajo las estrellas que asomaban su carita pálida en el cristal azul.

—¿Irá usted?—repitió.

—Sí, iré....

Y se miraron un momento más, hasta que

la muchacha partió corriendo, alborozada, radiante.

Otra vez, la víspera de Navidad, una cajada de Lena les sorprendió á los dos, reclinados en el brocal de la fuente, contemplando el agua inmóvil, sobre la que cabrilleaban rayos de luna.—Un mismo pensamiento les llevó allí. Deleitábanse ante aquel agujero húmedo, que exhalaba frescas emanaciones. A intervalos, el mozo arrojaba trocitos de argamasa, piedras pequeñas. Agitábase el agua entonces, en ondas que nacían del centro y se alejaban lentamente hasta besar los bordes con imperceptible murmullo. Al cabo, el oleaje se debilitaba; volvía el agua á su tersura de antes, y tornaba también el rayo blanco que parecía estremecerse de frío.

Sus rostros, arriba separados, se unían en el fondo. Antoñita reconocía el de Eugenio, ancho, de bien cortados cabellos, al lado del suyo, rodeado de rizos que semejaban en el agua pinceladas irregulares de sombra. Enmudacían. No experimentaban el deseo de hablar: su mutismo lo expresaba todo. No tenían oídos más que para la brisa, que imprimía en sus nuca helada caricia; para la fuente, que modulaba un canto misterioso